

## EL ESPÍRITU BURGUÉS (1991)<sup>1</sup>

«Con todo, el papel histórico del espíritu burgués fue extraordinario. Dio origen al individualismo moderno, al primado del individuo en la búsqueda de su propia felicidad. Reconcilió al hombre con la naturaleza a través de la entrega al trabajo y el amor a las cosas bien hechas, impulsando así la innovación técnica y dando lugar a la ciencia experimental. Fomentó la expansión comercial y exploradora, como base, en parte, del conocimiento especulativo (*¡Sapere aude!*), manifiesto en los grandes sistemas del conocimiento humano, como la Teoría de la Evolución y la Teoría de la Relatividad. Y, sobre todo, constituyó la palanca más poderosa para la creación de riqueza.»

Eloy Terrón Abad

### **Persistencia del espíritu burgués entre los campesinos de la aldea agrícola de subsistencia en España hasta los años sesenta del siglo XX**

La población de la aldea agrícola de subsistencia<sup>2</sup> estuvo constituida por campesinos que producían para su propio consumo y que, salvo algún vacuno joven de recría, no tenían ningún excedente que llevar al mercado. Todos los habitantes eran agricultores, campesinos pequeños; no había ningún vecino que pudiera vivir sin cultivar la tierra; y la diferencia entre el más pobre y el más rico radicaba en que el más pobre comía más patatas y verduras y menos pan, contaba con una sola vaca y su casa era más pequeña que la del más rico.

Lo más destacado en el comportamiento de estos pequeños campesinos era -¡hoy ya no lo es!- su actitud frente al trabajo. Eran simplemente incansables; siempre tenían algo que hacer y les parecía un crimen estar sin hacer nada; sólo descansaban durante las horas dedicadas al sueño y siempre encontraban algún trabajo que hacer; esto, en los días de invierno, cuando el trabajo en el campo es mínimo, porque durante el verano -con la recolección de la hierba y del “pan”, la trilla, etc.- se levantaban a las 4 o 5 de la mañana y, con un par de horas de siesta, resistían sin dejar de trabajar duramente hasta las 9 o 10 de la noche. Tenían una “pasión inextinguible por el trabajo”, y, además, lograban transmitírsela “de padres a hijos” (sin excluir a las hijas), al inculcársela con su obstinado ejemplo. Ése era el rasgo más característico de la actitud del campesino frente al trabajo, el primero.

Entre los campesinos la pasión por el trabajo era sólo la actitud general de partida. Pero no era suficiente, pues no bastaba con trabajar mucho sino que había que hacerlo con esmero y, además, bien; cualquier cosa que se emprendiera había que hacerla bien. De modo que el amor por las cosas bien hechas era el segundo rasgo del campesino frente al trabajo. El pequeño campesino lo hacía todo con cuidado y esmero, aunque -al ser la actividad de

---

<sup>1</sup> Mecanoescrito, con fecha de 16-21 de marzo de 1991; corresponde a una lección del curso de Teoría e Historia de la Cultura, impartido por su autor en la Escuela de Diseño de la Universidad Politécnica de Madrid, en el curso 1990-91. Transcripción, revisión, glosas y edición de Rafael Jerez Mir.

<sup>2</sup> Este estudio del espíritu burgués no es un resultado de una investigación directa, sobre todo porque las manifestaciones más características del mismo se deducen de la actitud frente al trabajo de los pequeños campesinos de la aldea en que la que nació, Fabero del Bierzo (León).

la agricultura de subsistencia tan dispersa (el campesino tenía que arar, arrancar la hierba con una guadaña, segar el “pan” con la hoz, levantar la pared de un muro, podar las viñas o un árbol, poner el mango a una azada, hacer un cesto de mimbre y afrontar tantas y tantas otras labores), era difícil apreciar en él ese amor a las cosas bien hechas.

El tercer y último rasgo básico del carácter del campesino, y el que más resaltaba en su comportamiento, era el “espíritu de ahorro”, que se manifestaba en todo salvo en la dedicación de su tiempo. Con frecuencia se le oía decir: “¡el tiempo lo da Dios de balde!”. Nunca medía el tiempo ni el esfuerzo que costaba obtener un fruto. A menudo llevaba a cabo duros trabajos para conseguir que una tierra mala produjera algo. Y siempre tenía sed de tierra; siempre quería más tierra porque, con la mano de obrar familiar, siempre podía cultivar más.

El espíritu de ahorro de los campesinos se manifestaba en todo. Ahorraban en la comida: más berzas, más patatas y menos pan. Ahorraban en el vestido, que en la mayoría de los casos se les caía a pedazos. Ahorraban en la casa, pues la cocina-dormitorio (la habitación para todo) estaba separada del establo sólo por un cañizo, o sebe, de palos, con lo que los miembros de la familia se beneficiaban del calor de las vacas. El ama de casa campesina repartía con verdadera tacañería la comida a los miembros de la familia, y, sobre todo, a los hijos: tenía que calcular muy bien lo que se consumía para que los alimentos duraran hasta la cosecha siguiente. Podría decirse, con el Padre Feijóo, que en la mayoría de las familias “nunca se levantaban hartos de la mesa”. Aunque eso de la mesa es un decir, porque no todos, ni mucho menos, comían de ordinario a la mesa; es más, en su mayoría no disponían de mesa, al serles imposible situarla en la cocina-dormitorio, ocupada por el fuego de leña, que estaba en suelo en el centro, y por los escaños con respaldo alrededor del mismo, que por la noche se volvían hacia la pared, para dormir.

#### **Mejora de la pasión por el trabajo del siervo por el artesano e impulso de la racionalidad por el comerciante en las ciudades medievales europeas**

Ahora bien, la pasión por el trabajo y el amor al trabajo bien hecho, propios del pequeño campesino de la agricultura de subsistencia en España durante los dos últimos siglos, fueron también rasgos típicos del espíritu burgués, cuyo espíritu de ahorro constituyó por su parte un factor importante en el desarrollo del capitalismo.<sup>3</sup> El pequeño burgués, comerciante y artesano, ahorraba porque en ello le iba la supervivencia del pequeño negocio familiar y, por tanto, también la propia existencia. El trabajar sin descanso, el trabajar bien y el ahorro constituían la base del crecimiento y del progreso para la inmensa mayoría de los pequeños negocios. Trabajar mucho, trabajar bien y ahorrar era la esencia del nuevo espíritu burgués.

Ese espíritu era nuevo porque no se había dado antes en la historia de la humanidad. Tampoco pudo darse, al faltar las condiciones culturales, sociales, económicas y políticas necesarias para ello. No pudo aparecer en las ciudades del mundo antiguo, incluidas las de la civilización greco-romana.

---

<sup>3</sup> Los progresos que se fueron produciendo desde finales del siglo XVI en Flandes, en las Provincias Unidas de Holanda (como más tarde, durante el siglo XVIII, en Inglaterra), no pueden entenderse sin tener en cuenta los efectos del “espíritu de ahorro”; es más, el progreso de esa época habría sido imposible sin el mismo.

Sobre todo, por la vigencia de opiniones muy negativas respecto al trabajo, con una gran difusión entre las clases cultas, al venir respaldadas por intelectuales prestigiosos, como Jenofonte, Platón, Aristóteles y otros. El ambiente sociocultural era hostil al trabajo tanto en ciudades del tipo de Esparta como -si bien por otras razones- en Atenas o en Corinto y, más tarde, en Alejandría; no podía ser más negativo y disuasorio para cualquier iniciativa individual. Y, además, había que contar también con el factor de la inseguridad, pues ¿cómo fabricar productos y fabricarlos más baratos que como podían hacerlo los propietarios de esclavos?

Las condiciones de las ciudades medievales de los siglos XII, XIII y XIV, y en particular las del norte de Italia, fueron en cambio muy diferentes; y esto, ya en la primera etapa de la *manufactura*, porque luego, en la segunda etapa (en el sur de Alemania, Borgoña y en Flandes, las Provincias Unidas de Holanda y el este de Inglaterra, en especial), esa diferencia se haría radical.

La mayoría de la población de esas ciudades “industriales” medievales de la Europa occidental estaba formada por artesanos y comerciantes, más algunos campesinos que cultivaban los campos próximos a la ciudad, al burgo. Salvo una exigua minoría de comerciantes enriquecidos, todos vivían de su trabajo; no existía una clase social, una aristocracia, cuya función social principal fuese el lujo y la ostentación, lo que además habría llevado a la minoría acomodada a involucrarse en el consumo y el despilfarro por imitación y afán de distinción social. Aparte de que a esas minorías ricas de las ciudades manufactureras tampoco les interesaba hacer ostentación del lujo, puesto que residían en poblaciones pequeñas donde todos se conocían, comenzando por los trabajadores que contribuían con su esfuerzo y sus bajos salarios al aumento de la riqueza de los patricios.

Por lo demás, es probable que los orígenes de la pasión por el trabajo se remonten incluso más allá. Es más: podría asegurarse que ese rasgo típico del espíritu burgués tuvo su origen entre los siervos que, con la ayuda de la mujer y los hijos, cultivaban con esmero la parcela que el señor feudal les entregó para que subsistiesen con sus frutos. De hecho, eso debió influir en que los propios señores feudales acabaran optando por entregarles las tierras de la hacienda feudal en arriendo, al percibir la diferencia notoria entre sus campos, cultivados por los siervos como prestación personal, y las parcelas que esos mismos siervos trabajaban para sí.

En esas nuevas condiciones el siervo pudo disponer de cantidades crecientes de productos agrícolas y de mayor seguridad para gozar del fruto de su trabajo. También tuvo que sentirse cada día más dueño de lo que le correspondía, en el convencimiento de que el señor de la tierra estaba a su vez satisfecho con las cantidades crecientes de productos agrícolas que le entregaba, como renta de la tierra. Y, además, fue trabajando con mayor esmero conforme recibía más productos de su esfuerzo, aun cuando buena parte del fruto de su trabajo acabara almacenado en el troje del señor.

El siervo y la familia servil desarrollaron, pues, la pasión por el trabajo. Luego, al especializarse algunos en el trabajo industrial, esos siervos del terruño transmitieron la misma pasión por el trabajo a los artesanos, quienes no sólo no la perdieron sino que la mejoraron. De hecho, los artesanos medievales representan a su vez un tipo nuevo de hombre. No eran esclavos; aun cuando

fueran siervos en los “palacios” de los señores, tenían familia y alguna propiedad; y, además, al trasladarse a las ciudades, lograron la libertad.

La agrupación en gremios por oficios tuvo dos efectos importantes: la regularización del aprendizaje, más bien largo (4, 6 o 7 años), y las pruebas para la oficialía, y la inspección y el control de los comisionados de los gremios, para no dejar caer la calidad de los productos. El largo aprendizaje hizo que los artesanos aprendieran de verdad su oficio, que dominaran bien las materias y que sintieran el placer de la obra bien hecha; trabajar con esmero fue un rasgo característico de los artesanos medievales. Eso les llevó a la preocupación por la exactitud y por el detalle, e incluso a su mejora, y, además, a partir de ahí, el amor por la obra bien hecha (bien acabada) estimuló la iniciativa y la creatividad, hasta inventar y fabricar máquinas cada vez más perfectas y complicadas, como el reloj.

La autonomía administrativa de las ciudades medievales -y en especial la de las manufactureras- fue una consecuencia (y una causa) de los intereses y las actitudes de los dos grupos dominantes de las mismas: los artesanos y los comerciantes. Unos y otros protegieron el clima burgués, urbano, de trabajo, de autodisciplina, de orden y de seguridad. Así, las ciudades, no sólo fueron centros creadores de mercancías producto de la actividad artesanal, sino que, con el impulso de la entrega al trabajo, el amor a las cosas bien hechas y el espíritu de ahorro, acabaron convirtiéndose también en creadoras de cultura. De hecho, toda la Edad Media occidental está llena de pequeña innovaciones técnicas. De modo que la Edad Media Clásica (esto es, hasta la aparición del feudalismo de Estado, con el absolutismo) no fue, al menos por lo que se refiere a las ciudades, una “oscura noche de mil años” sino una época juvenil, llena de creatividad y de entusiasmo.

Los artesanos (todos ellos) aprenden a trabajar con más minuciosidad, con exactitud, con la atención a las cosas pequeñas, al detalle (con la actitud que exige la fabricación de un reloj), todo ello potenciado por la reflexión sobre la acción que se desprende de ésta de modo inevitable. En cuanto a los comerciantes, exponen su dinero en empresas, en expediciones comerciales, cada vez más arriesgadas. Eso les obliga a anticipar los resultados de su acción, a entenderlos apoyándose en factores imponderables y en datos que no ofrecen verdaderos interés pero que analizan y valoran para tomar sus arriesgadas decisiones (tan graves, que en algunos casos les acarreaban la ruina). Y, al actuar así, esos hombres, todo prudencia, crean los instrumentos básicos de la actividad comercial y financiera (sobre todo al mantener una línea de confianza tan firme y responsable que facilitaba la circulación de los pagarés, de letras de cambio, sobre la base de una simple promesa).

Quienquiera que caiga en la cuenta de la ilimitada debilidad del pensamiento, de la razón, tan frágil y tan aislada, verá en muchas empresas comerciales de la Edad Media grandes hazañas de la especulación humana. Pues, en situaciones como éstas, es cuando el pensamiento humano adquiere confianza, seguridad y coherencia para pensarlo todo, absolutamente todo, desde el microcosmos al universo.

### **La eficacia del espíritu burgués, base de los tres grandes movimientos de la modernidad: la innovación técnica, la ciencia y la empresa capitalista**

En los siglos XVI y XVII las ciudades manufactureras del norte de Italia, Holanda, Flandes, noroeste y sur de Alemania, Suiza y Borgoña, fueron el campo de ensayo del capitalismo, que apareció como una consecuencia natural del desarrollo previo de la manufactura y de los cambios continuos en la agricultura y en el campesinado. Unas transformaciones en el campo técnico que tuvieron, por cierto, su contrapartida en el intelectual: los ciudadanos, los burgueses, descubrieron el valor y la potencia del pensamiento y aprendieron a confiar en él; y ese descubrimiento les llevó de modo inevitable a enfrentarse con un poder paralelo, más sutil y refinado que el poder físico y militar de los señores feudales, a quienes las ciudades vencieron casi siempre: a saber, el poder sobre las almas, monopolizado hasta entonces en exclusiva por la Iglesia jerárquica y por las organizaciones religiosas, extendidas por todo el mundo cristiano.

El espíritu burgués -la entrega al trabajo, el amor a la cosa bien hecha y el sentido o propensión al ahorro- tenía por fuerza que chocar con el dirigismo intelectual y la propensión a erigirse en salvadores de las almas individuales, propios de la Iglesia jerárquica, que sustituye a cada hombre en su propia responsabilidad a fin de mantenerlo en el estado de puericia y minoridad. De hecho, “se difundió” sin profetas ni propagandistas por todas partes donde los hombres podían gozar de todo o de buena parte del fruto de su trabajo, porque -y esto hay que destacarlo- sus tres rasgos característicos eran la condición insoslayable de la seguridad y bienestar de toda la familia y del individuo mismo.

Es lógico: a quienes no eran nobles ni poseían grandes riquezas (heredadas o adquiridas como fuese) sólo les quedaba el camino de trabajar de modo duro e incansable y competir así con otros conciudadanos; de ahí la importancia de la obra bien hecha y del ahorrar, del acumular, para disfrutar de una vejez tranquila y dotar y colocar a los hijos. Ésa era una solución individualista, que sólo recurría a la acción colectiva cuando había que defenderse de los “depredadores”. Pero la fórmula resultó muy eficaz y fue el motor de la pujante creación de riqueza en las ciudades de las regiones de Europa más dinámicas. De hecho, puede afirmarse que el espíritu burgués, por su enorme eficacia creadora, constituye la esencia de los tres grandes movimientos del espíritu moderno: a saber, las nuevas técnicas, la ciencia moderna y la empresa capitalista.

La expansión del espíritu burgués fue incontenible, y su influencia se puso de manifiesto en todas las actividades culturales, y no sólo en las artesanales y comerciales; no se detuvo ni ante las fronteras políticas ni ante las lingüísticas; y, aunque creció en el norte de Italia, encontró su verdadero acomodo en tierras más al norte. La administración, la política e incluso, muy pronto, la religión, tuvieron que adaptarse al espíritu burgués, que aparecía, además, como tan natural al hombre como para ser elevado a la categoría de voluntad de Dios (el calvinismo vinculó el espíritu burgués a la predestinación).<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> La formación y la expansión del espíritu burgués son un claro ejemplo de cómo una corriente cultural opera penetrando todos los aspectos de la actividad humana e imprimiéndoles un sello particular.

## **Del retroceso del espíritu burgués ante la irrupción del afán de lucro, motor del capitalismo, a su desaparición con el consumo por el consumo**

La influencia del espíritu burgués completa su sentido si se la pone en conexión con dos grandes movimientos que se dieron en la fase de su florecimiento: a saber, los descubrimientos geográficos y la lucha contra la fragmentación feudal del poder, con la exaltación y glorificación del poder real hasta convertirlo en absoluto.

Los descubrimientos geográficos abrieron enormes posibilidades de enriquecimiento de los burgueses, hasta llevar a la descomposición de la población artesano-comercial en una minoría de ricos patricios, muchos de ellos ennoblecidos por los servicios prestados a los reyes, y una mayoría en lucha con denuedo por incrementar sus riquezas y su poder. Este movimiento de descomposición de la población burguesa aceleró la conversión de las ciudades, que disponían de una administración autónoma, en ciudades reales, con autoridades nombradas por los reyes y, lo que es más grave, en muchos casos con los oficios municipales vendidos al mejor postor.

Al diferenciarse la antigua ciudad medieval en una minoría, de ricos y poderosos, que ocupan los oficios públicos de acuerdo con el monarca, y un estrato mayoritario de la población, pobre, el viejo espíritu burgués se refugia en este último, cuyo recurso de vida principal será trabajar para otro, para el comerciante o el artesano rico. Eso, mientras en la minoría poderosa y rica, ese mismo espíritu burgués se transfigura en algo totalmente nuevo y formidable: en el afán de lucro, que es el verdadero motor del capitalismo.

---

Los historiadores y críticos del arte, como los de la literatura, la música y otros factores culturales, buscan con ardor cuál es la esencia de los movimientos culturales que se manifiesta en la pintura, en la narrativa, en la poesía y demás. Muchos consideran que tales o cuales pintores se encontraban bajo la influencia de determinados filósofos, como Nietzsche, Bergson y Schopenhauer, o de la señora Blavatsky, Jacobo Boehme, la teosofía, el espiritismo, la meditación trascendental, etcétera; y hay quienes pretenden explicar las corrientes artísticas o literarias en función de las ideas de tales autores y factores ideológicos o de otros similares.

¿Quién ha ofrecido una explicación plausible del hecho, curioso, de que en los inventarios de los libros dejados a su muerte por nuestros artistas del siglo XVII figuren libros de magia, ocultismo, astrología y otros? ¿Por qué nuestros artistas clásicos leían esos centones de disparates? ¿Existe en el arte alguna veta que incline al artista a la irracionalidad? Aunque antes de contestar a estas preguntas habría que aclarar un par de cuestiones: en primer lugar, si hay un factor cultural que influya sobre todas las manifestaciones de las actividades culturales de cada época o período histórico; y, si es así, cómo ese factor condiciona o determina la actividad de los hombres (y ¿de todos en general?, ¿por clases sociales?, ¿...?).

Por lo demás, ¿cuáles son las proclividades “ideológicas” -o de concepción del mundo- que más se corresponden con el espíritu burgués? ¿O este mismo implica ya una concepción, una manera de ver el mundo real?

Con respecto a la pasión por el trabajo, apenas cabría decir que hay un mundo real sobre el que el hombre debe operar si quiere sobrevivir y un mínimo de seguridad; claro, que, en ese caso, en vez de trabajar, de transformar cosas, el individuo también podía coger una espada y dedicarse a expoliar a otros, y, de hecho, siempre ha habido muchos que lo han hecho. Elegir el trabajo como forma de resolver el problema de sobrevivir es la manifestación de una manera de ser.

Por lo que se refiere al afán por la obra bien hecha, es una muestra de rivalidad, de competitividad, de aventajar a los demás, y, además, con el refuerzo de la propensión al ahorro, de un ansia irrefrenable de poder (primero, por el deseo de seguridad, y, después, por el ansia de dominar, controlar y someter a otros hombres). No sería justo pensar que cada burgués buscaba enriquecerse para dominar a otros hombres; pero, a medida que un individuo se enriquece, se producen cambios en su forma de concebir la realidad. Se podría decir que el espíritu burgués era (y es) el suelo nutricional en el que nacen los empresarios, los financieros, etc.

A partir de ahí, el espíritu burgués continuará perdiendo terreno. Primero, ante la expansión de las clases altas (aristocracia y patriciado burgués), por su consumo ostensivo del lujo, que, bajo la presión de la imitación y de la moda, erosiona y disuelve la propensión al ahorro del espíritu burgués; y, luego, al asalariarse una masa creciente de trabajadores, lo que le dará la puntilla de forma definitiva. Así, tras haber sobrevivido durante los dos últimos siglos confinado en la población de los campesinos pobres que practicaban una agricultura de subsistencia, ese espíritu burgués ha sido barrido, hoy, de forma definitiva con la avalancha del consumismo en el mundo alegre que busca su más plena satisfacción en la adquisición inmoderada de cosas.

Pese a todo, el papel histórico del espíritu burgués fue extraordinario. Dio origen al individualismo moderno, al primado del individuo en la búsqueda de su propia felicidad. Reconcilió al hombre con la naturaleza a través de la entrega al trabajo y el amor a las cosas bien hechas, impulsando así la innovación técnica y dando lugar a la ciencia experimental. Fomentó la expansión comercial y exploradora, como base, en parte, del conocimiento especulativo (*¡Sapere aude!*) manifiesto en los grandes sistemas del conocimiento humano, como la Teoría de la Evolución y la Teoría de la Relatividad. Y, sobre todo, constituyó la palanca más poderosa para la creación de riqueza.